

LA NOVELA FILM

N.º 44

30 cts.



EL TIO PACIENCIA

La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vile
Urgel, 7. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96
Administración | BARCELONA

Año II

N.º 44

Prohibida la
reproducción

EL TÍO PACIENCIA



Finísima comedia americana
interpretada por el
popular artista

T O M M I X

y la simpática niña bonita
BILLIE DOVE

Producción **WILLIAM FOX**

EXCLUSIVA DE

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

VALENCIA, 280

BARCELONA



EL TÍO PACIENCIA



ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

La impaciencia es causa de los mayores "enfriamientos".

Mientras más se pierde la paciencia, menos se encuentra.

Estas sapientísimas máximas venían muy a propósito en la casa suburbana del rentista John Steele.

A los sesenta años, el señor Steele se enorgullecía aún de la facilidad con que dominaba sus violentos y hereditarios arrebatos de cólera.

Le conocemos en su despacho con el licenciado Wright, su legal consejero, quien generalmente recibía mayor cantidad de consejos que los que daba.

El señor Steele apoyaba todas las ideas de la Liga de la Moralidad, por lo que era carne y uña con el presidente y tesorero de la misma.

Sintiéndose ya decaído, el señor Steele quiere poner las cosas en el mayor orden posible.

—Amigo mío, he pensado en hacer testamento... El único pariente que tengo es un so-

brino... Es vaquero y vive en Arizona—le dice a su abogado.

—¿De modo que ese muchacho es su heredero universal?

—Sí, pero mi intención es que vaya usted allá y averigüe si es digno de heredar mis bienes.

Iré en cuanto usted me lo indique.

—Mañana mismo. Puesto que he decidido arreglar mis asuntos particulares por lo que me pueda ocurrir en adelante, no estaré tranquilo hasta que todo esté hecho a mi gusto.

Mañana, pues, saldré para Arizona.

—Si ese sobrino mío es como su padre, ha de tener pésimo carácter, porque mi difunto hermano era un cascarrabias insoportable... Yo también era propenso a perder la paciencia... pero he aprendido a dominarme.

—Muy cierto, señor Steele...

Por lo tanto, es preciso que ese muchacho aprenda a seguir mi ejemplo. De lo contrario no le dejaré un solo céntimo.

Por efecto de un mal gesto, las gafas del señor Steele quedan presas en un cajón de su mesa-despacho, y el viejo se pone furioso, incrementándose su cólera ante el fracaso de sus intentos de liberación de aquéllas.

—¡Voto al demonio! ¡Por vida de Satanás! Pero ¿qué diablos tienen esas malditas gafas! ¡Jeff!... ¡Jeff!... ¡Jefferson!!!—grita como loco.

Jefferson es el criado de la casa. Un negro auténtico, a quien los arrebatos de exaltación

de su amo han puesto más de una vez en peligro de volverlo blanco.

El criado aparece con dos bastones. Es costumbre del rentista romper por lo menos uno o dos bastones a cada explosión de genio.

En el cesto de los papeles hay más de media docena de mitades de bastón. Con el que el señor Steele acaba de dividir contra la mesa, son cuatro los sacrificados.

Jefferson aguanta en la casa porque el bastonero le reserva un diez por ciento de comisión sobre el importe de sus facturas.

Pero lo más curioso de todo es que después de la erupción de sus nervios el señor Steele le dice a su consejero:

—¿Lo ve usted? Si hubiera perdido la paciencia, habría hecho pedazos mis gafas.

Trasladémonos a Arizona para conocer al sobrino del señor Steele.

Se llama Tom, es un intrépido cow-boy y tiene un caballo magnífico que corre más que el pensamiento.

¿Su carácter? Seamos breves. Es un muchacho más bueno que el pan... cuando nada le irrita; pero un verdadero saco de dinamita en cuanto pierde la paciencia. En resumen: un digno Steele.

Su caballo "Tony" sabe tomar sus precauciones en cada caso de pérdida de la serenidad de su amo.

Sin embargo, como lo cortés no quita a lo valiente, Tom también pasa por incendios sentimentales. Las mujeres bonitas son su flaco.

Como en Arizona no ha encontrado su ideal, nuestro amigo asiste al paso de los trenes para recrear sus ojos en la contemplación de las hijas de Eva que tengan la buena ocurrencia de hallarse sentadas en la plataforma de cola.

Un día—todos los mortales tenemos derecho a ese día—, Tom ve en una de esas platafor-



Se llama Tom, es un intrépido cow-boy y tiene un caballo magnífico...

mas a una señorita que vale por seis, y la casualidad, en forma de ráfaga de aire, arranca de las manos de la bella un pañuelo de seda. El vaquero recoge del suelo el cendal al galope, y su intención es devolvérselo al trote a su dueña.

A pesar de que el caballo vuela, y de que la señorita se asoma a la plataforma para recibir de manos de Tom su pañuelo, el cowboy no logra su propósito, a causa de las curvas que dibuja el tren.

No le queda pues otro consuelo a Tom que el de quedarse con el fino trozo de seda.

De regreso en el rancho, se lo enseña a sus amigos, aspirando él muy romántico el perfume de que está impregnado.

Uno de los vaqueros, más envidioso que los otros de Tom, por la popularidad de que goza en Arizona, le quita el delicado pañuelo y se limpia con él, a la par que se ebaneca:

—¡Ave María, muchachos! Apuesto a que la camiseta de esa niña es de crespón de China...

Tom se sale de sus casillas, su caballo se asusta, y llueven golpes a troche y moche, pues son varios los vaqueros que se han puesto de parte del provocador.

El propietario del rancho, conocedor de los arrebatos de cólera de Tom, y ante los ojos amoratados que tienen los que han reñido con él, se decide a asegurar la paz de su casa prescindiendo de sus servicios.

Y el bueno de Tom se ve obligado a cambiar de residencia, acompañándole en su destierro el odio de los magullados vaqueros.

En el pueblo, Tom, dispuesto a trabajar de cualquier cosa, entra en un establecimiento de bebidas a la puerta del cual un anuncio avisa que falta un empleado.

—Quisiera obtener esa colocación—le dice al encargado.

No es admitido. El traje de vaquero no es el más adecuado para despachar refrescos.

Cuando Tom va para salir de la tienda, otro aspirante al empleo hace ofrecimiento de sus servicios. Es un hombre con cara de tímido, sombrero y gafas.

—Dispense usted, señor. ¿Tiene inconveniente en aceptar mis servicios como administrador de la sección de refrescos?

Es aceptado.

—Comprendo lo que se necesita para obtener un empleo—dice Tom—. Esto es, hablar mucho para no decir casi nada, vestirse de seminarista y colgarse unos cristales en la nariz. Voy a transformarme, a ver si no me equivoco.

Se dirige a una sastrería y como en su puerta hay un maniquí decapitado que luce un terno de ¡olé! que es hecho para él, entra a comprarlo.

A poco, Tom, que no es Tom, es decir, lo es pero no lo es, hace cola a la puerta de una zapatería en uno de cuyos escaparates hay un letrero por el que se solicita un dependiente.

—Con tanta gente delante, no voy a poder conseguir esta ocasión—dicese buscando una idea para pasar el primero a hablar con el dueño de ese comercio.

Y le sale. Tira un duro al suelo, y su sonido causa revuelo entre los cesantes que se precipitan todos a apoderarse de él.



Se dirige a una sastrería y como en su puerta hay un maniquí...

Entretanto, Tom se cuela en la tienda.

—Salud, estimable caballero—saluda al principal—. ¿Le convendría a usted que un joven amable, pero diligente, llenara la vacante que hay en su casa?

—¿Se interesa usted por el calzado?

—¡Me encanta!

—Pues quédese. Ponga esos zapatos por pares y déjelos listos para la venta de mañana.

Tom ejecuta la orden, pasando mil apuros para clasificar el calzado desparramado en largas mesas.

Como las mujeres sabido es que son su flaco, Tom adelgaza por momentos. ¡Hay pies que tienen unas piernas!...

Por desagradable azar, el vaquero aquel que se pitorreó de Tom cuando éste enseñaba a sus compañeros el pañuelo de la bella desconocida, lo ve en la zapatería y en cuanto llega al rancho comunica la sorprendente nueva a los compañeros, y juntos conciertan ir a burlarse de él.

Siguiendo las órdenes del tío John, su consejero, enterado del actual paradero de Tom, se presenta en la zapatería antes que sus enemigos, y presencía una sentimental escena de la que el sobrino del paciente señor es protagonista.

Una madre y una niña han entrado en el establecimiento para comprarle aquélla a ésta un par de zapatos, porque los que lleva pronto perderían hasta el nombre.

Tom le enseña a la mujer un calzado de tres duros, y la niña palmorea de gozo al probarlos. Le van muy bien. Pero su madre no se los puede comprar, porque valen demasiado.

—¿No tiene usted más baratos?—pregunta a Tom.

—¡Pero, mamá, si me gustan más los de

charol!—exclama la niñita rompiendo a llorar.

Tom se apiada de la criatura, y para darle el gusto de lucir los zapatos de tres duros, miente así:

—Me he equivocado, señora. Precisamente acaban de bajar de precio los de esta clase.



¡Hay pies que tienen unas piernas!

Sólo valen dos duros.

—Cómpramelos, mamá, cómpramelos...

—A ese precio sí, hija. Pongámelos usted, joven.

Tom recibe las diez pesetas de la pobre madre, pero no las ingresa, sino que las esconde en un zapato viejo de la niña, y cuando sa-

len ambas de la tienda, él paga de su bolsillo los tres duros de la venta.

El abogado del señor Steele está asombrado de la bondad del ex vaquero, y por ahora no ve en él el menor indicio de impaciencia.

Pero he aquí que las cosas cambian al presentarse en la zapatería los vengativos cow-boys a quienes Tom moliera a puñetazos.

La provocación que ellos le hacen hace reventar al apócrifo pusilánime, y entre todos remedia la destrucción de Troya.

Después de la batalla, que el abogado del tío Steele ha presenciado desde la barrera, Tom asoma su cabeza por entre un montón de cajas de zapatos, de las que no ha quedado ni una sola en las estanterías.

El dueño se tira de los pelos.

—Perdone, señor, pero ya vió usted que yo no quería lucha. Esos sinvergüenzas que huyeron cobardemente se empeñaron en quitarme los anteojos... y como en nuestro país hacerle eso a uno que los use significa que se le quiere pegar, pues... no me quedé corto en corresponder al deseo.

¡Es usted un ciellón, y esto no ha de quedar así!

Tercia en la querrela el abogado del señor Steele, y le dice al perjudicado zapatero:

—No se apure... Todo se lo pagaré yo.

Tom mira con sorpresa a su "protector", y como le pregunta con los ojos quién es, éste le enteró de todo.

—Su tío me mandó a observar a usted a

fin de ver si no tenía mal carácter... Creo haber visto bastante.

—Cuando me enfado todo lo veo rojo.

—Malo, malo... Debe usted respetar el color de las cosas.

—¿Y qué es lo que quiere mi tío de mí?

—Como es ya viejo, me ha mandado a decirle si tendría gusto en verle. En usted se halla resumida toda su familia y le gustará conocerle. ¿Me acompaña?

—Sí, iré con usted, porque me parece que la dignidad y la mansedumbre no pueden andar juntas en esta parte del país.

El abogado del señor Steele paga los desperfectos causados a su tienda por Tom, y juntos parten hacia el Este.

•••

El tío paciencia da órdenes a su criado para recibir a Tom.

—Mi sobrino llega a las cuatro... Prepara las cosas de modo que no esté muy cómodo... Pon a Duke en el porche. Si le simpatiza al perro, ha de ser buen muchacho.

Jefferson cumple las indicaciones de su señor, y a eso de las cuatro llega el sobrino.

Su tío acecha su aparición desde una ventana.

Apenas le ve, el perro ladra, y el viejo exclama ante su criado:

—¿Oyes ese ladrido? Le ha caído mal a Duke.

Pero el eriado advierte en el can una señal que demuestra lo contrario.

—Señor—contesta—; la cola de Duke ha dado el mentís a su ladrido. El señorito Tom le es simpático.

—¿Tú crees?

—Es indudable, señor, porque hay que ver cómo la menea.

En llegando Tom a presencia suya, su tío le saluda así:

—¿Conque vaquero, eh? Quédate por aquí y te convertiré en un hombre hecho y derecho.

—¡Magnífica idea, tío! Realmente, me parece que le hace a usted falta un hombre en esta casa.

—Ya hablaremos luego. Ahora puedes subir a tu habitación, a donde te acompañará Jefferson.

—Cuando el señorito quiera.

—¿Yo? A mí me da lo mismo ahora que después. De modo que, cuando a ti te convenga, simpático negro...

—Jefferson, señorito, se limita a obedecer...

—Pues vamos, amigo. Mira: hasta el perro nos sigue.

El tío se disgusta por la simpatía que demuestra el animal hacia su sobrino, y grita:

¡Duke, ven aquí!

Tom ha visto desde el primer momento el carácter de su pariente, y se promete llevarle la contraria para que conozca pronto el suyo. De manera que silba por lo bajo al can y de

ningún modo consigue el tío que éste le obedezca.

—¡Condenación! ¡No permitiré que ese perro se despegue de mí!—protesta para sí el viejo.

Y llama colérico a Jefferson.

Este comprende el motivo del furor de su amo, y ruega al perro que baje al salón.

—El señor debe haber roto ya un par de bastones, señorito—le dice a Tom—. Si no quiere usted que se arruine en bastones, haga que el perro salga de aquí.

—Por mí...

—Vamos, Duke, haz contento a Jeff...

Al fin el animal complace al eriado, aunque de muy mala gana.

Hablan, luego, a solas, el tío y su consejero.

—¿Qué le parece el muchacho, señor Steele?

—Físicamente, no está mal. Pero me temo que es muy terco...

—Es muy impaciente, pero con el ejemplo de usted, pronto aprenderá a dominarse.

Poco después, en la mesa, conversan tío y sobrino.

—Si te portas bien, no te arrepentirás de haber venido a vivir conmigo. Lo que más miro yo es la docilidad de las personas... ¿Quieres vino?

—No, gracias... No bebo, tío.

—¿Fumas?

—No, gracias... No fumo, tío.

—¿Tampoco? Entonces ¿qué diables haces?

—Silbo canciones picarescas...

—¡Vaya cosa! Sin embargo, no te censuro. Lo que espero es que sepas dominar tus arrebatos de cólera mejor que tu padre, que era un cascarrabias.

—Calma, calma... Le suplico, por favor, tío,



...y ruega al perro que baje al salón,

que no hable así de mi padre.

¡Repito, con énfasis, que era un cascarrabias!

—Pues yo también le digo que él decía exactamente lo mismo de usted...

—¡Eso es una difamación! ¡Una vil mentira!

Jeff, al oír levantar la voz a su señor, corre al armario donde guarda los bastones enteros, y se presenta a aquél con un par disponible para la rotura.

Tom, en vista de que la cosa se pone verde, se marcha a comer sin pareja que discuta a otra parte.

Cerca de la casa de su tío ve un restaurant maravillosamente iluminado, con un rótulo en el frontón de la fachada, que dice: "Dizie Inn", y como a él le parece que este establecimiento tiene la apariencia de ser un sitio en que puede comerse en paz, entra en él y encarga una cena a su gusto.

—¡Tráigame un plato grandecito de jamón con alubias!

Entretanto, en su casa, el señor Steele reclama a voces a su sobrino.

Es un derroche de bastones lo que acompaña los gritos. A ese paso, Jefferson será rico en poco tiempo entre la comisión del bastonero, sus haberes, y la reventa de las mitades de los bastones.

Durante la cena, Tom ve builar a atrevidas parejas, y la "frescura" de las damas le ruboriza.

Lo que más llama su atención, es el uso y

abuso que hacen en ese sitio de noche de bebidas alcohólicas.

Tanto es así que protesta airadamente.

—¿Dónde está el propietario? Quiero revelarles lo mal que tratan aquí a la ley contra las bebidas—le dice al camarero.

Se presenta el gerente, y ante éste renueva Tom su queja.

—Me propongo presentar una acusación contra este establecimiento.

Fingiéndolo amabilidad, a fin de saber con quién habla, el citado encargado procura calmar a Tom.

—Es cierto que habrá usted visto que varios clientes tienen debajo de la mesa botellas de las prohibidas, y que los camareros, con martingalas, sirven algunas a quienes se las piden... pero no es cosa que se haga a la declarada. ¿Su nombre de usted, haga el favor?

—Soy un vecino de ustedes... porque mi tío, el señor Steele, vive en esa finca que tienen ustedes a la derecha.

—¡Ah! ¿Pero usted es sobrino de Steele?

—Yo creo que sí...

—Pues entonces, quéjese a su tío... Yo soy propietario de media casa y él lo es de la otra mitad.

—¡Ah!, ¿sí?...

—Conque, o se calla, o le mando echar... porque si su tío se entera de que se ha metido usted en un asunto que no le importa, le va a dar una paliza.

—¿A mí una paliza?

—O dos.

—¿A mí dos palizas? ¿Usted sabe lo que es un directo?

—Un puntapié, si no se va pronto.

—Ya tiene usted suerte de que me han llenado la cabeza de ideas pacíficas, que si no...

—No se le admitirá a usted más en esta casa... si no vuelve con su tío, a quien le contaré que encarga alubias con jamón, se ruboriza porque bailan elegante algunas parejas, y rompe botellas de whisky a escondidas de sus dueños.

—¡Nada de empellones! No haga usted nada que me fuerce a torcer mi pusilanimidad de cuento.

—¡Hombre, váyase de una vez!

—¡Ay, no sé lo que pagaría por encontrarle a usted algún día en Arizona! Créame que no le saldría a cuenta...

De vuelta en su casa, Tom se dirige a su tío y sin ambages le suelta un piropo de su marca.

—¡Debía darle a usted vergüenza ser propietario de un sitio como ese en que se bebe hasta por los codos!

—¡Qué manera de hablar es esa!

—La mía, no se apure: usted habla mejor pero no obra lo mismo...

—¡Basta! Yo sé lo que me hago.

—Eso ya me lo figuro. Se gana usted unas pesetejas a espaldas del gobierno. Es un buen trueco... para usted.

—¡Basta, he dicho!

—No impacientarse...

—¿Yo impacientarme?...

—¿Seré acaso yo?...

—Tú hablas demasiado.

—¿Sabe lo que le digo, tío? Que es tarde, y me voy a la cama. Buenas noches... ¿Qué dice usted?...

—Yo no he dicho nada.

—Precisamente por eso le digo qué dice usted. Como yo le he deseado las buenas noches...

—...Buenas noches... ¡Jeff! ¡Jeff!

—Con ellas me basta... ¿A qué querer romper en mi honor más bastones? ¡Mire que todo está muy caro!

El señor Steele ha ido comprobando que su sobrino tiene una gran dosis de moralidad, y ello le complace sobremanera. Es un buen indicio para la seguridad de la fortuna que él le dejará en herencia.

Tom conoce los manejos del presidente de la Liga Moralista, y le ha cobrado una antipatía tal que quisiera verlo quemando en el infierno. Es aquél un tío que bajo la capa de la honradez oculta un repugnante personaje. Tío Steele tiene tratos con él para que haga la vista gorda en cuanto a lo de los abusos de bebidas prohibidas en "Dixie Inn". Algún que otro cheque echan un velo a las anormalidades...

Un día, la fortuna deparará a Tom el cocuen-

tro con una linda señorita a quien sólo había visto una vez.

Su corazón le hace trip, trip...

Es aquella viajera del pañuelo que no se ha separado nunca de Tom.

—¿Qué grata coincidencia, señorita!—exclama él.

—Perdone, señor, pero yo...

—¿No se acuerda usted de mí? Soy el vaquero aquel del sombrero... Todavía guardo su pañuelo...

—Ah! Tiene usted muy buena memoria...

Dispense... Voy de prisa...

—Adiós, señorita...

Tom la ve marchar y se le van los ojos tras ella.

Deseoso de saber quién es y cómo se llama, entra en la casa de donde la ha visto salir en los barrios miserables, y se entera de algo que le agrada.

No sabemos cómo se llama, pero es muy buena con nosotros los pobres... y viene aquí todos los días...—le dicen los protegidos de la joven.

—Pues yo vendré también diariamente a traerles algo... Alégrense como yo... Cada cual sabe lo que sabe...

La bella desconocida no pudo evitar que Tom, aquel apuesto vaquero de la aventura del pañuelo, la viera todos los días en la casa de los pobres que ella socorría.

Poco a poco fué descubriendo interesantes aptitudes del bienhechor de sus socorridos, y le fué abriendo su corazón.

Al cabo de una semana, su amistad era franca y muy cercana al amor declarado.

—Voy a nombrarle a usted mi ayudante—le dice ella a Tom al séptimo día de encontrarse en la casa de sus pobres.

Y él, muy festivo, le responde, *comiéndose-la con los ojos*:

—¡Ojalá que el empleo sea permanente!

Por su parte, el tío Steele quiere someter a su sobrino a una prueba decisiva para conocer exactamente su verdadero carácter, y de concierto con su abogado prepara una estratagemma algo exagerada pero la más eficaz, según él.

Ajeno a la farsa, Tom regresa a su casa y recibe en ella un susto.

—Amigo mío, tengo que darle una mala noticia—le dice el abogado—. Su tío, que como usted sabe se embarcó ayer en su yate, se ahogó durante una tempestad en el mar. Ha sido comunicada su muerte por el único superviviente de la tragedia que lo vió expirar agarrado a una pavesa. Comprendo el dolor que le causa este suceso que yo siento en el alma, y mañana seguiremos hablando de la situación en que le deja a usted la defunción de su desgraciado tío.

—Le agradezco la delicadeza de darme tiempo para sobreponerme a mí mismo, pero soy fuerte y puede usted seguir hablando.

—Pues bien; según el testamento preparado por su buen tío hace una semana, ha sido usted nombrado su heredero universal... con

ciertas condiciones... La primera es que administre usted "*Dixie Inn*", como propietario de la mitad del establecimiento, pero sin despedir a ninguna de las personas que actualmente están empleadas... Además, debe usted dominar sus arrebatos de cólera y no pelear con nadie durante un período de trein-



—Voy a nombrarle a usted mi ayudante.

ta días... Si no cumple con estos requisitos, la fortuna de su tío irá a parar a la Liga de la Moralidad.

Tom, después de reflexionar, responde:

—En "*Dixie Inn*" la virtud brilla por su ausencia, pero ¡carambal! yo haré que se res-

peten allí la moralidad y las buenas costumbres...

—No olvide usted que debe dominar su carácter y que tiene prohibido pelear... durante treinta días...

Esta última condición, al ser conocida por el presidente de la Liga Moralista, hace abrir los ojos al tío vivo que éste es, y como también sabe que el socio del difunto señor Steele le tiene antipatía a Tom, piensa jugar una mala partida al heredero.

Para ello, se entrevista con el ahudido socio, y lo pone al corriente de las condiciones que el testamento impone a Tom.

—Ya lo sabe usted: si ese muchacho, que el diablo lleve, tiene un arrebatado de cólera o se pelea durante treinta días, la fortuna pasará a mis manos... Se trata de mucho dinero... Yo le propongo a usted un buen negocio: obligúelo a perder y le daré la mitad de la herencia.

—Lo haré... tenga la seguridad de que ese dinero es nuestro.

—¡Bravo, amigo! A ver si eso será pronto.

Al salir de "Dixie Inn" el presidente de la repetida Liga de Moralidad, Tom se cruza con él... y no le cuesta trabajo comprender a lo que ha ido allí.

—De modo que el reformista ese se ha venido a meter en la boca del lobo, ¿eh? ¡Pues ahora soy yo el gerente y me quedará con el empleo y con mi buen humor... *sin pelear!*— le dice Tom a su socio.

Este intenta provocar al muchacho... pero como tiene sus temores... no se atreve a pegar el primero.

—De ahora en adelante, me propongo administrar esto a base de agua pura y de tupé puro también...

—¡Eso no será, porque nos iríamos a la ruina!

—Yo siempre he sido pobre; de modo que...

—Usted dirá lo que quiera... pero lo mismo mando yo que usted aquí.

—Ya veremos si es usted de fiar; si no no haremos carrera...

—¿Qué quiere usted decir?

—El tiempo, que es más sabio, se lo dirá a usted algún día.

Las numerosas ocupaciones de Tom como administrador de "Dixie Inn" habían suspendido temporalmente sus funciones como "ayudante" de la linda protectora de necesitados.

Al cabo de unos días, cuando ella ya se preguntaba si Tom se había cansado de su empleo, reapareció éste, y se disculpó así:

—Mi tío se ahogó en el mar, y como su testamento me obliga a administrar un sitio del cual me avergüenzo... "Dixie Inn"...

—¡"Dixie Inn"!?

—Sí, señorita... Se lo dije para que no atribuyera mi ausencia de estos días a olvido, aunque sé que no debía pronunciar el nombre de semejante sitio en presencia de usted.

—...¿Vendrá usted aquí ahora, como antes, regularmente?

—Sí, porque todo está arreglado, según la nueva orientación que yo he querido dar a ese establecimiento.

—Hace usted cambios... favorables, ¿no?

—Sabe usted lo que es "*Dixie Inn*", ¿verdad?

—Sé algo, no mucho, porque un hermano lo frecuentó algún tiempo con unos forasteros...

—Pues lo que yo quiero es que allí no se beba más de la cuenta y fuera de la ley.

—...Hace usted muy bien.

—¿Hasta mañana?

—...Hasta mañana.

En "*Dixie Inn*", Tom y su socio no se entendían. Aquél, para evitarse pelear, usaba anteojos. Estos imponían respeto y le prohibían a Tom disputar a golpes. El caso era cumplir los requisitos del testamento.

Uno de los trabajos que se había impuesto Tom, era el de romper botellas de bebidas alcohólicas que los clientes del establecimiento ocultaban en el bolsillo-revolvera del pantalón. Los poseedores de las mismas recibían cada susto...

Cuantas veces su socio había pretendido provocar a Tom, otras tantas había fracasado, porque éste no aceptaba la pelea.

En "*Dixie Inn*", entre otras atracciones muy interesantes, actuaba, como número de sensación, La Bailarina Enmascarada.

Nadie le había visto el rostro exceptuando el socio de Tom, que era quien la había contratado.

Aquella noche, la artista estaba nerviosa. Tenía que algo rompiese una ilusión que se había forjado al correr de los días con el pensamiento puesto en un hombre.



Tom, para evitarse peleas, usaba anteojos.

Este hombre era Tom.

Ella... la gentil bienhechora de gente pobre... la dama del tren...

Desde que Tom le dijo que él era uno de los propietarios de donde ella trabajaba, el miedo de ser descubierta por él en tan crítico

lugar la deberaba. Pero un compromiso la ligaba y debía seguir bailando.

Tom tuvo deseos de conocer a la bailarina enmascarada cuando ella terminó su número, y al seguirla encontrarla negándose a hablar con su socio, con la cara tapada.

Tom no pudo reconocer a su bella preten-



...entre otras atracciones actuaba, como número de sensación *La Bailarina Enmascarada*.

dida, y se limitó a salir en su defensa, diciéndole a aquél:

—Es evidente que la dama no quiere hablar con usted.

Déjeme en paz o le rompo las narices de una vez ¡ea!

La joven, en tanto, desaparece.

Tom se impone calma, mucha calma, y contesta a su socio:

—Recuerde este consejo: póngase un buen simuladón en la mandíbula el primero de mayo, pues en tal fecha termina el plazo de mi cordura.

Váyase a paseo con sus tonterías.

—Se lo digo por su bien... Acuérdese de ese día... Haga testamento, porque puede que no tenga tiempo luego...

En su casa, cada día, Tom boxea con Jefferson para prepararse para el primero de mayo.

—¡Ojalá pegue usted donde no esté yo, señorito!—dícele al negro ante sus monumentales puñetazos.

Unos días después, sin poderlo ella evitar, Tom sorprende a la bailarina enmascarada destapada conversando con su socio. Se echa de ver que la plática es forzada.

Al ver a Tom, ella quiere cubrirse el rostro mas ya es tarde.

—¡Usted!... ¡Usted bailando en un sitio como este y exponiéndose a los insultos de hombres como mi poco escrupuloso socio!—exclama delante de éste.

—Me avergüenzo de mi profesión... No me atrevía a decirlo...—pronuncia ella.

—¿Quién es ese hombre para usted!—inquiere el socio de Tom.

—Eso no le importa, amigo, y le ruego que deje a esa dama en paz... o...

—¿O qué?...

La bailarina se encierra en su cuarto y los dos hombres siguen discutiendo fuera de él, pero Tom no se olvida de que debe dejarse incluso pegar hasta el primero de mayo.

El presidente de la Liga de Moralidad instiga al socio de Tom a provocar a éste antes del día siguiente, pues es el de la expiración del plazo estipulado en el testamento.

Sin embargo, todos los intentos directos e indirectos fracasan: Tom se mantiene *cobardo*.

Pero llega el primero de mayo. Es el día de los puñetazos a granel.

Ya se prepara de lo lindo en su casa el simpático ex vaquero, a presencia del abogado que no puede por menos de reírse.

—Ya aprendí a dominar mis arrebatos de cólera, señor mío... Lo que hago ahora es una simple prueba de lo que haré luego.

—Habrá usted ganado la partida. Su tío, desde el cielo, se lo premiará.

—Y yo, sin moverme de esta miserable tierra, me proporcionaré el mayor gusto de mi vida haciéndole una cara nueva a un amigo mío.

—Andese con cuidado. A veces los golpes...

—No se preocupe. Tomaré mis medidas.

En "*Dirie Jan*", la bailarina actúa por última vez. Cuando termina, le dice al socio de Tom:

—No estoy dispuesta a renovar mi contrato. Me despido desde este momento.

—Eso yo no se lo puedo tolerar. ¡Cree usted que eso está bien, después de haber estado

cobrando un sueldo elevadísimo!... ¡Bonita gratitud!

—No puede usted exigirme nada.

—La razón la obliga a seguir trabajando en esta casa.

—Comprendo sus intenciones, pero se equivoca. Yo no soy lo que usted se figura, y le



—Me avergüenzo de mi profesión... No me atrevía a decirle...

ruego que no se acerque... o llamaré...

—¿A quién?... ¿A ese necio que parece interesarle tanto?...

—Ese hombre es digno de mi mayor estima, mientras que usted es repugnante.

En este momento suenan las doce en el reloj del tiempo. Tom, que en su casa esperaba la expiración de los treinta días completos, da un salto y se dirige a "Dizzie Inn".

Como ve a su pretendida en peligro, aumenta en él el rencor hacia su socio, y le propina una somanta colosal.



...alcanza a su adorada por medios rápidos sin reparar en los peligros...

—Haya y espéreme abajo—le dice a la bailarina—. Me reuniré con usted así que des-pache a este imbécil.

Algunos empleados de la casa se ponen de parte del contritante de Tom, y éste, una vez cumplida su promesa de *hacerle una cura*

nuevo a su socio, alcanza a su adorada por medios rápidos sin reparar en los peligros que tienen y que él salva sin dificultad.

Repuesto de su excitación nerviosa, Tom le confiesa a Luisa—que así se llama la bella ex bailarina—su amor, y ella le expresa a su vez



Y se prometen ser muy felices. En esto, el tío paciencia resucita.

el suyo.

Y se prometen ser muy felices.

En esto el tío paciencia resucita.

Los jóvenes no creen lo que ven...

—¡Demonio! ¡No se había usted muerto, tío!—pregúntale Tom.

—No, muchacho; fué un pequeño plan... Me alegro de ver que has aprendido a dominar tus cóleras... como las domino yo...

—¡Vaya una broma! Pero le advierto que yo soy menos impaciente que usted...

—¡Eso no consiento que lo digas!

—Prométame usted, pues, una cosa.

—Díla.

—¡Ve usted?, esa es mi novia, mi futura. Le gusta, ¿verdad? A mí también. Como todo está tan caro, y yo pienso casarme pronto, deseo que usted sea económica.

—¿A qué viene eso?...

—No rompa más bastones...

—Ya lo comprendo... y tienes razón, muchacho... De hoy en adelante no romperé ni uno más... Me dedicaré a la vajilla...

—¡No, tío! De eso ya se encargarán sus nietecitos, ¿verdad, Luisa?

—Qué cosas dices, Tom...

FIN

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

La extraordinariamente interesante novela

Locura, Imprudencia y Abandono

(PROGRAMA AJURIA)

GRAN ASUNTO

INTERPRETES PRINCIPALES:

LOIS WILSON - LILA LEE

JACK HOLT - CONRAD NAGEL

POSTAL REGALO

TOM MIX

LA NOVELA FILM sale todos los Martes en toda España.

PRECIO 30 CTS. 10 FOTOGRAFÍAS

Colectores completos y números sueltos ilustrados a precios corrientes, de venta en LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, S. A. Barbadá, 16. — BARCELONA, en sus Agencias de Provincias y en todas las librerías de España.



¿Ha comprado usted ya el cuarto
volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA

O C

LA NOVELA FILM

Honrarás a tu madre?

No debe usted olvidarse de ello.
Es lo más sentimental que se ha
escrito y sus hermosas enseñan-
zas son útiles para todos!

¡Pida esta obra en todas partes

Recuerde los números an-
teriormente publicados:

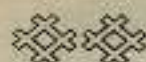
La Mendiga de San Sulpicio

La Madona de las Rosas

Los Diez Mandamientos

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	PORTAL-ESCENA
1	Los Baños de Santa Brava	El joven Mediano
2	Los dos reyes	El Príncipe de Tenda
3	Unidad femenina	La Antela
4	Los castos (antes del apogeo)	Los castigos de la mujer
5	Los espías de los hombres ricos	Violenta Imperial
6	Dinero, El Poder	Mary Hildard
7	En poder del castigo	Thomas Melrose
8	Reluctancia	Wm. D. Wells
9	Corazón traidor	Bongles Max Loan
10	Por la puerta de hierro	Edith Clayton
11	Placeres de la vida	Charles Ray
12	El Indio	Wm. D. Wells
13	Como eran las mujeres	Bosco Arbuckle (Fatty)
14	La vida de la mujer	Fred Bennett
15	Por el alma de la mujer	Wallace Field
16	La vida de la mujer	Lockwood Ingram
17	El castigo de la vida	William T. Hart
18	Los Miserables (Episodio)	Mary Miles Minter
19	En el día de la mujer	Doris Farnham
20	El Crimen del Milímetro Pálido	Bessie Love
21	La mujer traidora	Rebecca Mervin
22	El secreto profesional	Nancy Farnham
23	De casa a la mujer	Berlitz Farnham
24	Un día de la vida	Lois Wilson
25	El castigo de la mujer traidora	Archie Morris
26	El castigo de la vida	Paula White (Paula White)
27	El castigo de la vida	William Farnham
28	El castigo de la vida (Episodio)	Dorothy Phillips
29	El castigo de la vida	George Baker
30	El castigo de la vida	Agnes Ayres
31	El castigo de la vida	Dorothy Farnham
32	De casa a la mujer	Constance Talmadge
33	La Mendiga	Rebecca Farnham
34	La Mendiga Escrita	Wm. D. Wells
35	La Mendiga Escrita	J. Walter Hartigan
36	La Mendiga Escrita	Pauline Frederick
37	La Mendiga Escrita (Episodio)	Berta May
38	La Mendiga Escrita	Fred Bennett
39	La Mendiga Escrita	Jackie Cooper
40	La Mendiga Escrita	Mary Carr
41	La Mendiga Escrita	Nancy Farnham
42	La Mendiga Escrita	Lillian Gish
43	La Mendiga Escrita	Alma Copeland
44	La Mendiga Escrita	Bessie Love



EN BREVE:

ACONTECIMIENTO EDITORIAL

EL SUGESTIVO ASUNTO

LOS HIJOS DE PARÍS

O

LA NOVELA DE UNA OBRERA

próximo a publicarse en la popular

BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

Nadie dejará de adquirir

LA NOVELA DE UNA OBRERA

